

neral Marco la intencion que tenian los independientes de atravesar el Planchon. San Martin ofreció, en premio de este servicio, ricos presentes, y entre otros, mil y quinientos jumentos, que el Indio aceptó, desempeñando despues perfectamente aquella estratagema. No contento aun con esto, el general independiente envió por el desfiladero de Uspallata un emisario con despachos falsos, en los cuales anunciaba á los malcontentos de Chile que se acercaba el momento de su restauracion, y que el ejército libertador estaba á punto de pasar el Planchon. Con efecto, hizolo pasar al teniente coronel D. Ramon Freyre con un débil destacamento de caballería, mientras que enviaba al coronel Heras con un batallón y cien caballos hácia Uspallata, saliendo él en persona con el grueso del ejército con direccion á los Patos. Dispuestas así las cosas, en ocho dias llegaron al valle de Aconcagua, sobre Santa Rosa, pero estenuados de fatiga hombres y caballos, helados de frio y acosados por el hambre. Los moradores les socorrieron luego con víveres, forrage y con todo aquello de que tenian mas urgente necesidad.

Entretanto el general español, engañado por la estratagema de los independientes, habia concentrado sus fuerzas en Raconcagua. El dia 4 de febrero, su gefe de estado mayor, D. Miguel Atero, le informó que el enemigo habia llegado á Santa Rosa, y que se adelantaba á marchas forzadas. El mayor Vila, que estaba encargado de observar el paso de los Patos, dió el mismo aviso, haciéndole saber asimismo, que él se habia recogido, mientras esperaba que le enviasen nuevos refuerzos. Reuniéronse ambos gefes y se dirigieron á Santa Rosa, donde se les juntó en la mañana del 6 el coronel Quintanilla con un batallón de carabineros que les enviaba el capitán general. Túvose el primer encuentro en Villa-Vieja, ocupado por los independientes, en el cual fueron derrotadas las tropas realistas, con pérdida de treinta carabineros; retirándose en desorden á Chacabuco,

montaña de difícil acceso, que domina la llanura de Santa Rosa, por la cual pasa el camino que conduce á Santiago, donde se hallaba ya el capitán general Marco con mil doscientos hombres de infantería y mil caballos. Los dos ejércitos llegaron á la vista el dia 11 de febrero por la tarde, y ambos pasaron la noche preparándose para el combate. El dia siguiente al amanecer, San Martin dispuso su ejército en dos columnas, la primera á las órdenes del general Soler, formada de los batallones número 1 y 11, cuatro compañías escogidas de los batallones número 7 y 8, un escuadrón de caballería y casi toda la artillería: la segunda columna mandada por el general O'Higgins, compuesta únicamente de cuatro compañías del centro de los números 7 y 8, con dos piezas de artillería de campaña, reservándose San Martin el resto de la caballería, que formaba un cuerpo de reserva ó retaguardia. Lo que sorprende al principio en esta disposicion es el ver tanta desproporcion entre las dos columnas del ejército.

A las ocho de la mañana, los independientes se pusieron en marcha, y encontraron á los enemigos formados en orden de batalla en Chacabuco, cuyas alturas ocupaban un pequeño destacamento de infantería. El primero que llegó á presencia de los realistas fué el general O'Higgins, por haber sido su ruta mas breve y fácil, mandando en seguida al teniente coronel Cramer, comandante del batallón número 8, que desalojara al enemigo de las alturas que ocupaba, cuya orden fué ejecutada con la mayor puntualidad. Llegó en aquel momento el general San Martin, y viendo solo los tiradores enemigos que bajaban la cuesta, ordenó al coronel Zapiola que los persiguiera con toda la caballería, maniobra muy poco diestra que podia comprometer la suerte de las tropas, que quedaban de este modo expuestas en un terreno cubierto de árboles y cortado por profundos barrancos. Observólo el primero el teniente coronel Cramer, que recibió la orden de avanzar en seguimiento de la ca-

ballería para sostenerla en caso de necesidad. En efecto, poco despues se encontró aquella con la infantería enemiga, que recibéndola á cañonazos, la obligó á replegarse apresuradamente detras de las tropas de Cramer, á las cuales se reunió luego el 7.º batallón, de suerte que ya habia entrado en combate toda la division de O'Higgins, y aun no comparecia la columna de Soler. El ejército español formaba dos masas de infantería, separadas por algunas piezas de artillería, y un cuerpo de caballería apoyado en la montaña de Chacabuco, á la izquierda de la infantería. Aprovecháronse los Españoles de la forzada inaccion de la columna de O'Higgins, apoderándose de las alturas que coronaban el campo de batalla, desde donde enviaron tiradores, cuyo número aumentaba incesantemente en perjuicio de las masas. Observando entónces O'Higgins que el enemigo se habia debilitado con aquella maniobra, mandó al teniente coronel Cramer cargarse de frente al enemigo á la cabeza de su batallón. Sorprendidos los Españoles por un movimiento tan vigoroso é inesperado, opusieron solamente una débil resistencia, retirándose en seguida á la vista de los independientes. Por su parte, la caballería de los realistas, cuando vió atemorizada á la infantería, continuó el movimiento retrógrado, abandonando á los fugitivos á la discrecion de la caballería de Buenos-Aires: de suerte que solamente opuso alguna resistencia el destacamento que ocupaba la montaña; pero la division del general Soler, que llegaba entónces al campo de batalla, acabó de arrollar al ejército realista. Los independientes tomaron posicion frente de las casas de Chacabuco, enviando un destacamento de caballería en persecucion de los vencidos. Los Españoles perdieron mil quinientos hombres poco mas ó ménos, entre los cuales habia setecientos muertos y ochocientos prisioneros, habiendo sido insignificante la pérdida de los vencedores. Tal fué la victoria de Chacabuco, que puso de nuevo á Chile en poder de los independientes,

debiéndose sin disputa el honor de aquella feliz jornada al valiente O'Higgins y al intrépido Cramer, oficial frances que habia prestado ya grandes servicios á la causa de la libertad, reorganizando el ejército de Buenos-Aires.

A las seis de la tarde del mismo dia llegó á Santiago la noticia de la victoria, que causó la mayor confusion en aquella capital agitada por diferentes pasiones. Los realistas pasaron la noche en prepararse para la partida, mientras los independientes se disponian para recibir á sus libertadores. El general Maroto, encargado del mando durante la ausencia de Marco, dió orden á una division de mil doscientos hombres estacionada en Rancagua, de juntarse con los restos del ejército español; pero habia causado en todas partes tal terror la derrota de Chacabuco, que no solo los soldados rehusaron marchar, sino que algunos de ellos, y hasta los mismos oficiales, fueron á buscar un asilo en Valparaiso, donde llegaban á cada momento familias realistas con objeto de embarcarse para el Perú. Dirigióse sin embargo una columna hácia la Concepcion, reuniendo una fuerza bastante imponente, aunque no pudo impedir que el general Marco y muchos de sus oficiales cayesen en poder de las guerrillas de Rodriguez.

Dos dias despues, el 14 de febrero, entró en Santiago la division de Soler, á cuya ciudad llegó tambien el dia 15 la columna de O'Higgins con los prisioneros realistas. San Martin fué recibido con generales aclamaciones, y saludado con el glorioso título de libertador. Establecióse entónces un gobierno electivo sobre las ruinas del poder real, nombrando por supremo director á San Martin, quien rehusó absolutamente aquel destino, haciendo que los patriotas concedieran sus votos á O'Higgins. No era esta negativa, como se quiso suponer, una señal de honor tributado á los talentos de su colega, sino que en aquella ocasion tenia ya San Martin sus miras sobre el Perú, que confesó despues, pero que no hubiera podido realizar,

si hubiese aceptado el poder precario que se le confería en Chile. Para asegurar mejor los resultados de la victoria de Chacabuco, envió este general el batallón n. 1 á ocupar el puerto de Valparaíso, mientras el coronel las Heras recibía orden de marchar sobre la Concepción, en donde se habían concentrado los restos del ejército real; mas apenas se aproximó á aquella plaza, cuando la evacuaron los Españoles, dirigiéndose, bajo las órdenes del coronel Orduñez, á Talcahuano, en cuyo punto se fortificaron de modo, que era imposible desalojarlos de él. Entretanto el general San Martín partió para Buenos-Aires, en cuya ciudad los patriotas le habían preparado una ovación.

SITUACION DE CHILE DESPUES DE LA VICTORIA DE CHACABUCO. Después de la salida de San Martín, tomó las riendas del gobierno el general O'Higgins, y se ocupó con mucha actividad en prepararse para una nueva invasión, aumentando á este fin su ejército con un regimiento de infantería y un batallón de artillería. Creyeron entonces los Chilenos que el gobierno de Buenos-Aires quería reservarse una grande influencia en los negocios interiores de su país, y algunos hasta llegaron á imaginarse que pretendía sustituirse al gobierno de España, presunción disparatada que hubiera anulado todo el objeto de la revolución. Estas sospechas no carecían sin embargo de todo fundamento, porque de otro modo, ¿qué motivo pudiera tener Buenos-Aires para hacer tantos sacrificios á fin de poder mantener en Chile un cuerpo de tropas mas numeroso que el mismo ejército nacional? En efecto la fuerza de los auxiliares ascendía á cuatro mil ochocientos hombres, al paso que la del ejército chileno se componía tan solo de tres mil seiscientos guerreros.

Queriendo O'Higgins completar la expulsión de los Españoles, se dirigió en persona á fines del año 1817, al sitio de Talcahuano. Contábase entre los gefes del ejército de los independientes otro valiente mas, el

general Brayer, que había ido, como otros muchos, á buscar en aquel país extranjero nuevos peligros y nueva gloria; aunque después llegó á ser, como tantos otros, objeto de envidia para aquellos mismos de cuya miseria y trabajos participaba. San Martín le acogió al principio con distinción hasta confiarle un empleo en el ejército; pero estando en el sitio de Talcahuano, en el mismo instante que los independientes iban á penetrar en la plaza, dieron los tambores la señal de retirada, y el ejército sitiador se retiró de repente con el mayor desorden. Brayer fué acusado, sin fundamento, de haber sido causa de aquel descalabro, y después de esto, los gefes del ejército independiente aprovecharon cualquier ocasión para manifestar los sentimientos de odio y de envidia que les animaban; por cuyo motivo abandonó Brayer el servicio, y se retiró á Montevideo.

Entretanto San Martín, de vuelta de Buenos-Aires, había tomado otra vez el mando del ejército, cuando entró en Valparaíso un corsario con una embarcación española apresada, y anunció que el virrey del Perú estaba preparando una nueva expedición contra Chile. Es imponderable el terror y confusión que difundió esta noticia en todas las clases de la sociedad, y aun en las filas mismas del ejército. Entre turbado é indeciso, San Martín no sabía qué determinación tomar, ni qué resolver; y aun el mismo general O'Higgins levantó precipitadamente el sitio de Talcahuano, replegándose en seguida sobre Talca.

NUEVA ESPEDICION DE LOS REALISTAS—BATALLA DE CANCHA-RAYADA. Durante las turbulencias de Chile había organizado el virrey Pezuela un ejército de cinco mil hombres al mando del general Osorio; pero antes de ponerse en marcha esta expedición, dirigió á los habitantes de Chile una enérgica proclama, invitándoles á someterse á la autoridad legítima é impedir de este modo las funestas desgracias que lleva consigo una inútil resistencia. Contextaron sin embargo los Chilenos que

su gobierno era aprobado por la regencia de España, y que de consiguiente era odioso y absurdo pretender ratificar otra vez aquel acto. “Desde el momento, decían, en que la regencia y las cortes proclamaron que la soberanía del pueblo era la única base de su autoridad, han perdido todo derecho de dominio sobre una nación que quiere ejercer la suya.”

Preparáronse pues para rechazar la nueva irrupción con que les amenazaba el virrey del Perú; pero se hicieron con tanta lentitud y negligencia los preparativos, cual no se puede concebir en una crisis tan apurada. Pusieron en las filas del ejército una muchedumbre de aquellos vagamundos, holgazanes conocidos por los habitantes del país bajo el nombre de *rotos*: juntáronse dos nuevos batallones al efectivo del ejército; uno formado en la provincia de Coquimbo, y el otro reclutado entre los *pardos* ó mulatos de Santiago. Presentaba pues de este modo el ejército de campaña una fuerza de cuatro mil quinientas plazas, sin contar otros cuerpos de observación, cuyo mando se dividieron San Martín, O'Higgins y las Heras con el general Valcarcel, llegado poco había, de Buenos-Aires. Enviáronse finalmente agentes á los Estados Unidos y á Inglaterra, con el fin de comprar buques de guerra de que tanta necesidad tenía el partido de los independientes.

Estas eran poco mas ó ménos las medidas adoptadas por los patriotas para sostener el choque del ejército realista; pero á pesar de eso, no cesó enteramente el desorden que difundiera en todos los ángulos de Chile la noticia de tal invasión. Habíase ejecutado con tanta confusión y desorden la retirada del ejército sitiador de Talcahuano, que fueron robadas y maltratadas por los soldados dispersos sin gefe, varias familias que emigraban, de suerte que volvieron muchas de ellas á la Concepción, prefiriendo caer en poder de las tropas realistas, que exponerse de este modo á los insultos y bru-

talidad de los soldados del ejército independiente.

Hacia esta misma época el director O'Higgins procuró reanimar la opinión pública proclamando la independencia de Chile. “Hemos creído de nuestro deber, dijo en su documento fecho en 1.º de enero de 1818, en uso de las facultades extraordinarias que nos ha conferido el pueblo, declarar solemnemente en su nombre en presencia del Todo-Poderoso, y anunciar á la gran confederación del género humano, que el territorio continental de Chile y sus islas adyacentes constituyen un estado libre, independiente y soberano de hecho y de derecho, separándose para siempre de la monarquía española, y adoptando la forma de gobierno mas conforme á sus intereses; y para dar á esta declaración toda la fuerza y solidez que deben caracterizar el primer acto de un pueblo libre, damos por garante la vida, el honor, la fortuna y todas las relaciones sociales de los ciudadanos de este nuevo estado.”

No pudo, sin embargo, la expedición del Perú salir del puerto de Callao hasta octubre de 1817, por los muchos obstáculos que tuvo que superar. “Los españoles, dice un testigo ocular, contaban tan segura la completa victoria de aquel ejército, que renovando todo su orgullo, se empeñaron mutuamente en no emplear ningún criollo de allí en adelante, bajo pena de pagar dos mil duros si se retractaban de ello.” Desembarcó el ejército en Talcahuano á los primeros días de enero de 1818, en cuyo punto se le reunió el coronel Orduñez que con tanto valor había resistido á los esfuerzos de los patriotas, marchando en seguida sobre la Concepción, la que se rindió sin la menor resistencia. Firmaron los realistas en aquella ciudad un tratado de alianza con los Araucanos, los cuales les proveyeron de caballos y víveres, con lo cual abastecidos y socorridos, dirigiéronse los españoles sobre Talca, cuya ciudad abandonó el ejército independiente, replegándose sobre San Fernando,

donde se le reunió el general en jefe con las tropas que traía de Santiago. Osorio había destacado al coronel Orduñez con una columna de mil hombres para observar los movimientos de los patriotas; pero viéndose pronto obligado á batirse en retirada, pasó el río Lisay, en presencia de un cuerpo de mil quinientos hombres de caballería mandados por el general Valcarcel. Había tomado posición en los alrededores de Talca, cuando se decidió San Martín á atacarlo; pero socorrido á tiempo por algunos destacamentos que le envió de Talca el general Osorio, rechazó á la caballería de Valcarcel y la puso en completa derrota.

Tomó entretanto San Martín posición en un lugar llamado Cancha-Rayada, cortado por arroyos y barrancos, en donde no podía de ningún modo desplegar su línea, por lo que resolvió apoyar su izquierda sobre Talca, en cuyo punto se hallaban concentradas todas las fuerzas enemigas. Convenía por consiguiente abandonar una posición tan poco ventajosa, á cuyo efecto dió orden de efectuar la retirada en la noche del 18 al 19 de marzo; pero el ejército quiso celebrar la fiesta de su general, por ser aquel día el aniversario de su nacimiento. Se cree que los agentes de Osorio informaron á este general del desorden que reinaba en el campamento enemigo; pero sea como fuere, lo cierto es que salió el 19 de Talca ántes de amanecer, cayendo de improviso sobre los patriotas que á la sazón empezaban á ejecutar el movimiento mandado por San Martín. Sorprendidos de esta suerte en el silencio y tinieblas de la noche, defendiéronse por algún tiempo á la ventura, matándose mutuamente ellos mismos, hasta que les permitió la luz del día escaparse por todas partes con tanta precipitación, que el ala derecha del ejército mandada por el coronel las Heras, siguió sin interrupción por su retirada hasta encontrarse bajo los muros de la Concepción, á setenta leguas del campo de batalla. O'Higgins y San Martín se refugiaron en esta ciudad, teniendo el primero

el brazo pasado de un balazo (1).

La pérdida del ejército vencido fué inmensa; todos sus bagajes, víveres y materiales cayeron en poder del enemigo, y si por fortuna el general Osorio hubiese sabido aprovecharse de su victoria, hubiera sometido de nuevo todo Chile á la autoridad real. Santiago, Valparaíso, Chillan y todas las ciudades principales carecían absolutamente á la sazón de todos los medios de defensa, de suerte que Osorio cometió la falta de creer que el partido vencido quedaba abatido para siempre; perdiendo de este modo bajo los muros de Talca un tiempo precioso de que los patriotas supieron aprovecharse con mucha habilidad.

BATALLA DE MAYPO. Mientras San Martín, Valcarcel, las Heras y Freyre se ocupaban en reorganizar los restos del ejército, y reanimar el abatido valor de sus compatriotas, el infatigable Rodríguez levantaba por todas partes milicias y guerrillas, fatigando incesantemente las tropas realistas. Esta energía de los gefes independientes y el entusiasmo de los habitantes de Chile salvaron por segunda vez la causa de la libertad. Encontrándose pues San Martín á principios de abril al frente de un ejército de cinco mil hombres, y teniendo noticia de que el general Osorio había vadeado el río Maypo cerca de Longuen, en dirección á las gargantas de la Calera, marchó al momento á su encuentro, deteniéndose el día 2 en la inmediación de los canales de Espejo. Los días 3 y 4 tuvo algunas ligeras escaramuzas, y durante toda la noche estuvieron las tropas sobre las armas. Por fin, el enemigo se dejó ver el 5 por la mañana, con objeto de atacar la derecha de los independientes, según dice el parte oficial, amenazar la capital, cortar las comunicaciones de Aconcagua y asegurar las de Valparaíso. Juzgando San Martín que había llegado ya el momento de exponerse otra vez á la suerte de las ar-

(1) Parte del general San Martín al supremo director de las provincias de Buenos Aires, 1.º de abril de 1818.

mas, confió el mando de la infantería al general Valcarcel, y puso bajo sus órdenes los coroneles Heras, Alvarado y Quintana. Formaba la caballería dos divisiones, una de granaderos, al mando del coronel irlandés O'Brien; y la otra, compuesta de los escuadrones de escolta del director de Chile y del regimiento de cazadores de los Andes, á las órdenes del coronel Ramon Freyre. Por su parte, las tropas realistas tomaron una posición muy favorable, colocando en una colina que protegía su izquierda, cuatro piezas de artillería sostenidas por un batallón de cazadores.

Formada la infantería de los independientes en columnas cerradas y paralelas, inclinándose á la derecha del enemigo, y protegida por doce piezas de artillería, descendió de la colina marchando sobre los Españoles. Recibiónla estos con un terrible fuego que causó un horroroso estrago en sus filas, y especialmente el de la batería de la colina, aunque no dejó por esto de avanzar. Durante esta acción la caballería de los realistas era vigorosamente rechazada por los granaderos de á caballo á los cuales atacaba con denuedo.

Continuaba entretanto el fuego con todo el furor posible, causando enormes pérdidas en ambos ejércitos. El general Osorio formó su derecha en columnas cerradas para marchar contra el enemigo, haciéndola defender por un cuerpo de caballería. Atacada de este modo la izquierda de los independientes, empezaba ya á romperse, aunque estaba protegida por una batería de ocho piezas que hacia fuego continuamente contra el ejército real.

San Martín mandó entonces avanzar la reserva del coronel Quintana, cuyo movimiento, ejecutado con la mayor intrepidez, detuvo á los Españoles, y bastó para conducir otra vez á los independientes al combate. La caballería de los patriotas, al mando del coronel Freyre, dió entonces muchas cargas sin resultado alguno; pero al fin la obstinación de los independientes superó el valor de los Españoles, que fueron re-

chazados á la bayoneta de todas sus posiciones.

Las tropas realistas empezaron su retirada con muy buen orden hasta las callejuelas de Espejo, donde volvió á empeñarse otra acción muy sangrienta que duró mas de una hora. Las tropas de Coquimbo y de Arauco se abrieron paso al traves de los batallones españoles, que fueron puestos en un espantoso desorden. Los granaderos de caballería dirigidos por O'Brien dieron por su parte una carga vigorosa sobre el regimiento de Búrgos, derrotáronle al momento, y apoderándose de todos los pasos, completaron la destrucción del ejército real. Cayeron en poder del vencedor todos los gefes realistas, á excepción del general Osorio, que pudo salvarse con doscientos de á caballo. Peciéron dos mil Españoles en esta memorable jornada, quedando además prisioneros tres mil hombres poco mas ó ménos. La artillería, las banderas, la caja militar, los bagajes y municiones, todo cayó en poder de las tropas independientes, cuya pérdida en esta circunstancia fué de unos mil hombres poco mas ó ménos. Los oficiales prisioneros fueron luego conducidos á la Punta de San Luis (1)

Chile, teatro de acciones sangrientas, no había visto hasta entonces batalla mas memorable y decisiva que la de Maypo, que le aseguró la independencia para siempre.

El general en jefe despues de esta batalla, escribió al virey del Perú el despacho siguiente, digno de conservarse textualmente: "Santiago de Chile, 11 de abril de 1818. La suerte de las armas ha puesto en mi poder, el 5 del corriente en los campos de Maypo, todo el ejército al cual habia confiado V. E. la conquista de Chile, sin que, á excepción del general Osorio, que probablemente tendrá la misma suerte, nada pudiese escaparse al valor de mis tropas. El derecho de represalias me permitia tratar á los vencidos del mis-

(1) Relacion del general José San Martín, "Correo del Orinoco" num. 324, Diario de Buenos Aires y de Chile, Diarios ingleses, Compendio histórico de Froissard, &c.

mo modo que hemos sido tratados nosotros por las bárbaras órdenes del comandante español; pero la humanidad tiene otras leyes, y yo no he querido vengarme con estos infelices, bastante castigados ya al ver su orgullo abatido, y frustradas sus esperanzas presumidas.

“Todos los prisioneros, que consisten en casi todos los generales, doscientos oficiales y tres mil soldados, han recibido los socorros que prescribía mi carácter generoso.

“No le queda á V. E. otra cosa que restituirles la libertad, aceptando el cange propuesto ya por mis compatriotas, que V. E. ha rechazado. Enviadme pues á estos desgraciados, y yo empeño mi palabra de honor de remitiros igual número de hombres, grado por grado. No siendo el tratamiento dado al mayor Torres el que se debe á un parlamentario encargado de tratar la paz, y deseando por otra parte patentizar mi buena fe, encargo al teniente coronel español Pedro Moriega remitiros esta comunicacion; y espero que si V. E. no admite estas proposiciones, volverá á enviarme este oficial, al cual no he dado la libertad mas que para acelerar la paz”.

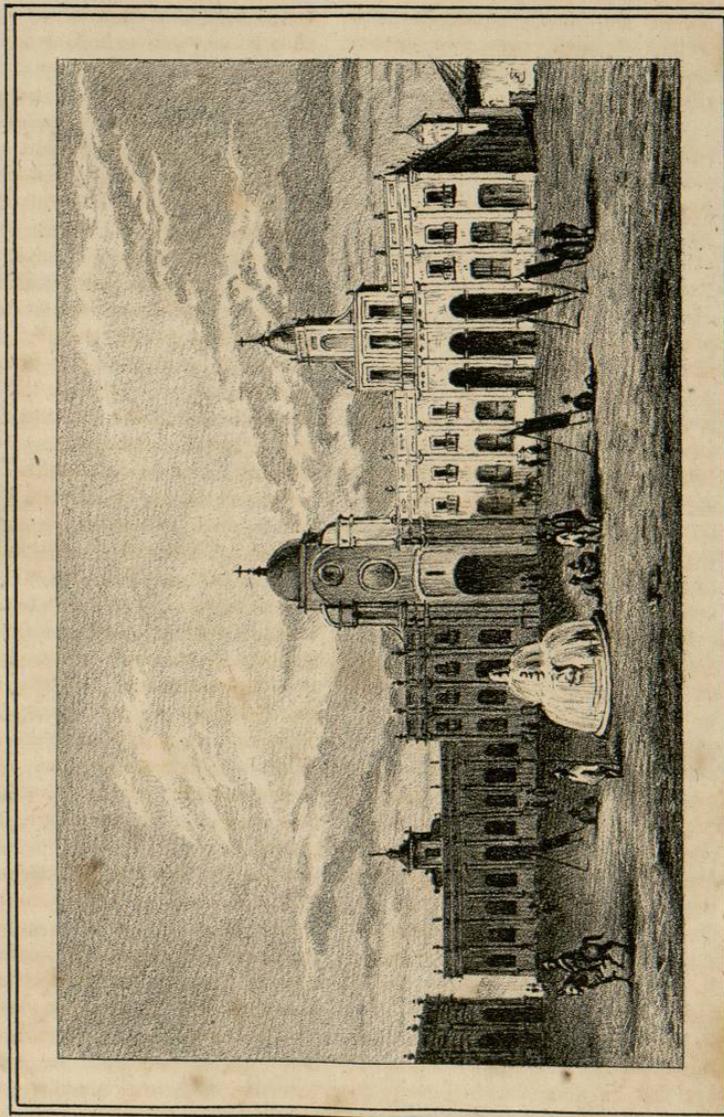
Es sin embargo muy cierto, á pesar de este lenguaje lleno de dignidad y decoro, que los independientes mancharon su victoria con algunos actos de crueldad, esplicados, pero no excusados por el derecho de represalias; pues fueron fusilados muchos prisioneros en la misma noche posterior á la batalla, entre los cuales se contaba un criollo llamado Benavides, hijo de un inspector de Quirihué, cerca de la Concepcion, el cual despues de haber servido ya en el primer ejército independiente, fué hecho prisionero por los Españoles, á cuya causa se adhirió, permaneciendo en ella siempre fiel. En la accion de Chacabuco cayó en poder de las tropas independientes, pero pudo escaparse y volvió á juntarse con los realistas. Valiente siempre hasta ser temerario, aunque siempre desgraciado, los independientes le hicieron otra vez prisionero en la batalla de Maypo, y le condenaron á muerte.

Sufrió pues, como sus compañeros de infortunio, las descargas de los soldados destinados para aquella ejecucion; pero un oficial que le percibió un movimiento despues de haber caído, le pasó la espada por el cuello, y creyósele muerto, no estando mas que herido.

Recobrado el uso de los sentidos, pudo llegar arrastrando en medio de la noche, á favor del silencio y de las tinieblas, á la puerta de una casa cubierta de rastros, no muy distante del campo de batalla. Encontró en ella manos generosas que le acogieron con bondad: restablecido allí de sus heridas, pudo salvarse en las provincias meridionales que todavía estaban ocupadas por los realistas. El general Sanchez le confió el mando de la pequeña ciudad de Arauco, y como la memoria de aquella catástrofe no se apartó jamás de su presencia, se vengó de tal modo con los desgraciados que caian en su poder, que su nombre es todavía execrable á los independientes.

VUELTA DE LOS CARRERAS. Hemos visto al mas influyente de los tres hermanos Carreras, José Miguel, partir para los Estados- Unidos á proveerse de socorros para su patria. Compró allí cinco buques de guerra, armas y municiones para un ejército de doce mil hombres. Habian consentido en seguirle varios artesanos armados con sus herramientas, algunos marinos americanos y muchos oficiales franceses é ingleses. Habiendo llegado á Buenos- Aires á principios de 1818, supo que sus dos hermanos Juan José y Luis se hallaban á la sazón prisioneros en aquella ciudad bajo palabra de honor, y cuando se estaba disponiendo para pedir al gobernador Puirendon los motivos de aquella medida, fué arrestado él tambien y conducido á bordo en un bergantin de guerra. A la noticia de este acontecimiento, tres naves de su escuadra se volvieron á los Estados- Unidos.

¿Cuáles eran las quejas, se preguntará tal vez, que podía tener el gobernador de Buenos- Aires de los hermanos Carreras? Algunos pretenden que José Miguel se había procu-



CHILE

Plaza de Santiago.

rado en Rio Janeiro copia de un documento que podia comprometer gravemente al director Puiredon; nosotros, empero, hablaremos tan solo de la negociacion que D. Antonio Alvarez Jonte, su agente cerca de la corte de Francia, habia entablado con la familia de los Borbones, al efecto de establecer en Buenos Aires un gobierno monárquico, y ofrecer la corona al príncipe de Luca. Otros pensaron tambien que aquella rigurosa medida de Puiredon contra los Carreras, habia sido efecto de las instigaciones de San Martin, cuyos ambiciosos designios encontraban sin cesar un poderoso impedimento en el influjo y alta posición social de aquella familia. Algunas circunstancias, que vamos á referir, dan gran peso á esta última opinión.

Los tres hermanos pudieron escaparse; pero fueron presos de nuevo y cargados de cadenas. José Miguel fué conducido á Montevideo, donde encontró muy buena acogida en el general Lecor; mas habiendo sabido poco despues que Puiredon habia dado órden terminante de cargarle de cadenas, volvió á escaparse y pudo llegar á la provincia de Entre Rios, gobernada entónces, bajo el nombre de Artigas, por un amigo suyo llamado Ramirez. Como su fin era entrar otra vez en su patria, esperaba allí una ocasion favorable para realizar sus proyectos, mientras que á sus dos hermanos se les iba preparando un destino mas triste.

Conducidos á Mendoza Juan José y Luis, fueron tratados con un rigor extraordinario por D. Toribio Luxuriago, gobernador de aquella ciudad. Era entónces el mes de abril, poco despues de la desastrosa jornada de Cancha-Rayada, y ántes que se tuviera noticia de la memorable victoria obtenida por el ejército de los independientes en los campos de Maypo. La provincia de Mendoza estaba inundada de familias chileñas que huian de la dominacion de los realistas. Muchas de ellas estaban ligadas ó unidas á los hermanos Carreras por los lazos de la amistad, y esto hacia temer que hicieran éstas alguna tentativa en favor de los pri-

Chile

sioneros, circunstancia que determinó á San Martin á enviar á Mendoza su secretario privado, Bernardo Monteagudo, perteneciente á la raza de los *zambos* (1); hombre que parecia nacido solo para el crimen, pues era éste su elemento y su existencia misma. Activo, ratero y ambicioso, debia subir algun dia á los primeros empleos del estado, manteniéndose en ellos por una serie de bajezas, y caer por fin al peso de sus prevaricaciones.

Monteagudo emprendió con energía la causa de los dos Carreras; pero se necesitaban grandes motivos para el desenlace que él queria dar á aquel vergonzoso proceso. En consecuencia, Juan José fué acusado de haber asesinado, en 1814, al hijo de un correo mayor: este crimen no solamente careció de pruebas, sino que comprometiendo tan solo á uno de los prisioneros cuya cabeza se pretendia, el astuto Monteagudo urdió una trama que fuese mas favorable á sus designios. Insinuáronse emisarios, pagados por él, en la confianza de los Carreras, para proponerles un plan de evasion cuyo verdadero objeto era hacerles victimas de su propia credulidad. En efecto, aquellos desventurados cayeron en el lazo que se les armó; pues vendidos alevosamente por los mismos cuyas proposiciones habian aceptado, fueron conducidos el 10 de marzo (1818) delante de una comision compuesta de tres miembros, entre los cuales figuraba Monteagudo. Este tribunal excepcional se debia al gobernador Luxuriago. Los informes duraron hasta el 8 de abril, dia en que se pronunció la sentencia, que no concedia á los reos mas que dos horas de tiempo para prepararse á la muerte, negándoseles hasta la mas pequeña dilacion para poder arreglar sus negocios. A las tres de la tarde se habia pronunciado la sentencia, y á las cinco los dos hermanos marchaban ya al suplicio. No pudiendo creer los habitantes de Mendoza aquel exceso de infamia, clamaban

(1) El "zambo" ha salido de la union del Negro con el Americano.

públicamente contra esta medida en tales términos, que la autoridad se vió precisada á tomar precauciones extraordinarias para prevenir cualquier movimiento que hubiese en favor de los Carreras. Juan José, que era el primogénito, manifestaba su exasperacion en invectivas contra el gobernador Luxuriago; pero Luis, que dió en aquella ocasion pruebas de una serenidad heroica, procuró calmarle y hacerle aceptar los consuelos espirituales, marchando despues al suplicio abrazados mutuamente. Llegados por fin al sitio designado para la ejecucion, Luis entregó su pañuelo al oficial que mandaba el destacamento, y le suplicó lo remitiera á su familia, diciéndole al mismo tiempo que los dos habian muerto pensando en ella. Dióse la señal, y las dos víctimas cayeron en el suelo cuando se estaban dando aun el último adios.

Quando llegó á Santiago la noticia de este suceso, el general San Martín envió luego al padre de las dos víctimas un estado de los gastos ocasionados por el proceso y la ejecucion, mandándoselos pagar inmediatamente bajo la pena de ser conducido á la cárcel. El venerable viejo pagó por consiguiente aquella multa de sangre, y segun un testigo fidedigno, espiró dos dias despues. José Miguel se hallaba aun en la provincia de Entre-Ríos, cuando supo este triste acontecimiento y el arresto de su esposa Doña Mercedes, y de Doña Javiera su hermana; por cuyo motivo dirigió en seguida á los habitantes de Chile la enérgica allocucion que copiamos á la letra.

AL PUEBLO CHILEÑO.

¡Vuestros destinos se han fijado... Escuchad!... Chile será de aquí en adelante una colonia de Buenos Aires, del mismo modo que lo fué de España en otro tiempo; su comercio y su industria estarán circunscritos á los límites que fijarán los intereses particulares de la nueva metrópoli. Del seno de esta verá Chile salir los gobernadores para sus provincias, los magistrados para sus pueblos, y

los generales para sus ejércitos y fronteras. Sus contribuciones mismas tendrán solo por base las necesidades de aquella potencia ambiciosa. La independencia de la América deberá ser dirigida por la mano hábil de una aristocracia inflexible. Los Portenos (1) en Chile y los Chilenos en Buenos Aires sostendrán este sistema, y serán alternativamente los instrumentos y las víctimas. La expedicion de Lima hará correr la sangre chilena, mientras que los satélites de Buenos Aires conserven por el terror la conquista de Chile.

Buenos Aires llegará á ser una segunda Roma, por las victorias que obtendrán los gefes iniciados en el gran misterio de su política, y los decretos que saldrán de esta capital darán la ley al continente entero de la América meridional. Este proyecto no es difícil, ni injusto; porque los principios inmutables de la razon y de la naturaleza han delegado sus derechos á la política. Respetando las preocupaciones del pueblo, lisonjeando sus caprichos y acariciando su orgullo, los Portenos empezarán á reinar por la fuerza de las armas, esperando que la del hábito mantendrá su poder, y que una larga serie de años convertirá sus usurpaciones en legítima autoridad. Si por acaso se presenta alguno que con la energía de su carácter pretenda trastornar este proyecto, morirá cargado con las apariencias del crimen, que, en sentir unánime del populacho, siempre crédulo, fanático y supersticioso, justifican los atentados.

“¡Chilenos! héteos ahí la suerte que os prepara el club aristocrático de Buenos Aires, esa oscura asociacion de tiranos, de cuyo seno ha salido la sentencia de muerte de los Carreras, hermanos míos, amigos y compatriotas vuestros, y defensores de su patria y de la libertad.

“Chile por su posicion física y geográfica, por su situacion política y moral, por sus riquezas é industria y por su poblacion importante (que

[1] Nombre que se da á los habitantes de Buenos Aires.

asciende á mas de un millon de almas) está destinado para formar uno de los grandes estados de la confederacion del Sur. Esta verdad no puede de ningun modo ser problemática á los ojos de las naciones libres é ilustradas, ni podrá jamas calificarse de crimen el deseo de ver llegada pronto aquella época feliz tan interesante para el mundo entero, y particularmente para la América. Mas por desgracia las pasiones no raciocinan: así es que los aristócratas de Buenos Aires pretenden sofocar los gritos de la naturaleza reduciéndolos á la esclavitud; á cuyo efecto acaban de sacrificar con la mayor barbarie dos de vuestros ilustres compatriotas, cuyo crimen se reduce únicamente á haber sido amigos vuestros. Perecieron, es verdad, porque su mérito y patriotismo les habian merecido vuestra reputacion. ¡Ah! bien pronto les seguirán al cadalso todos los que tengan valor para proferir las dulces palabras de *libertad* y de *independencia*.

“¿No observáis ya desde entónces repartirse los candidatos de la aristocracia el gobierno de las provincias, y el ejército auxiliar, estacionado en vuestro territorio, consumir vuestros recursos para enriquecer á vuestros opresores? ¿No veis á vuestros paisanos arrancados del seno de sus hogares, y de los brazos mismos de sus padres, correr á las riberas de la Plata para sostener allí con su sangre el poder y la usurpacion de los tiranos? ¿No veis á vuestros hermanos echados de su patria, arrojados á las minas de Mendoza como los mas infames criminales? ¿No veis ya por fin correr por el cadalso la ilustre sangre de los Carreras que deshonor á la nacion en la gloria de sus triunfos?

“Aterrados por el remordimiento de su conciencia, en vano pretendieran sus bárbaros asesinos colorar su crimen atroz nombrando una comision de los principales de las Provincias Unidas, vendidos al poder y á la lisonja, los que de necesidad debian pronunciar la sentencia de muerte trazada de ante mano por las manos de San Martín y de O'Higgins.

“Sí; en el corto espacio de dos horas se ejecutó la sentencia fatal, sin que hubiese precedido ningun juicio, y sin que se respetase la inviolabilidad de un territorio extranjero. ¡Chilenos! en todos tiempos y en todos los lugares esta ha sido siempre la conducta de los tiranos.

“El célebre demócrata, el autor del Diario de Buenos Aires, titulado: *Mártires 6 Libres*, Bernardo Monteagudo, fué el director de esta trama, y uno de los miembros infames de aquella comision militar. Su nombre pasará á la posteridad marcado con el carácter de los asesinos. ¿No reconocéis vosotros en San Martín y O'Higgins las acciones bárbaras y feroces de los Morillo y Morales que inundaron de sangre las fértiles campiñas de Caracas y de Bogotá?

“¡Chilenos! ¿Qué aguardáis pues para sacudir el pesado yugo bajo el cual vuestros libertadores pretenden haceros sucumbir á la voluntad de sus ambiciosos caprichos? examinad únicamente los sucesos, y sobre todo el sacrificio cruel de los Carreras, que de ningun modo pudieron impedir ni las lágrimas de una ilustre familia, ni el llanto de Chile entero, ni los clamores de la humanidad ultrajada, ni la débil voz de la justicia y de la ley. En aquel acto de ferocidad podéis leer todos vuestra propia sentencia: *los mejores ciudadanos marcharán sucesivamente á la muerte uno tras de otro, y perecerán todos con el valor de las primeras víctimas*. Se sabe que los patriotas Juan José y Luis de Carrera marcharon al cadalso con un aliento que aumenta todavía el esplendor de su virtud, consagrando sus postreros instantes al honor y gloria de su patria.

“Se formará causa á los ejecutores de aquella sentencia criminal para calmar la opinion pública: con esta medida empezará el pueblo á dudar del crimen, los tiranos quedarán con el triunfo, y permanecerá la patria encadenada por ellos. Santa-Fe, sin auxilio alguno, sostiene los esfuerzos del despotismo; y vosotros, teniendo poder para rechazarlos, ¿continuaréis en la apatía de los esclavos